

sación general y despojándola de todo misterio.

Bien hubiera querido D. Paco, cuando Antoñuelo venía, rodear las cosas de suerte que le obligase á entretener á la madre, hablando ó jugando al tute con ella; pero Antoñuelo aseguraba que no sabía jugar al tute y daba á entender que nada tenía que decir á Juana.

Con frecuencia salía D. Paco tan cargado de esta tertulia que se proponía y casi resolvía no volver á ella ó al menos ir poco á poco retirándose. Pero ya había tomado la maldita costumbre de ir, y todas las noches, si lo retardaba algo, empezaban al toque de ánimas á hormiguarle y bullirle los pies, y ellos mismos, pronunciándose y rebelándose contra su voluntad, le llevaban á escape y como por encanto en casa de ambas Juanas.



X

PRONTO notaron todos los vecinos, cundiendo la noticia por el resto de la población, las constantes visitas nocturnas de D. Paco; pero como Antoñuelo solía ir también, y entre D. Paco y Juanita había tan grande desproporción de edad, la gente murmuradora lo explicó todo suponiendo que Antoñuelo era novio de Juanita y que don Paco tenía ó trataba de tener relaciones amorosas con la madre, la cual, á pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil, esbelta, y aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes.

La austeridad esquiva de Juana la Larga, durante muchos años, desde que tuvo su juvenil tropiezo, no pudo en esta ocasión eximirle de la maledicencia. La gente decía que al fin se había dejado tentar y lo daba todo por hecho. Cuando veía la gente que Antoñuelo y D. Paco iban á

las nueve á la casa y permanecían allí hasta cerca de las doce, no juzgaba aquella tertulia tan inocente como era en realidad y la calificaba de amor por partida doble.

Las bromas que sobre ello dieron á D. Paco algunos de sus amigos le soliviantaron bastante. Así es que, excitado, si bien no tenía derecho para pedir explicaciones, con más ó menos disimulados rodeos, y cuando Antoñuelo no estaba presente, se atrevió á pedir las y á indagar por qué venía Antoñuelo con tanta frecuencia y de qué trataba con Juanita en sus largos apartes y cuchicheos.

Ambas Juanas, sin alterarse en lo más mínimo y como la cosa más natural y sencilla, lo explicaban todo, afirmando que Juanita y Antoñuelo eran exactamente de la misma edad, se habían criado juntos desde que estaban en pañales y podían considerarse como hermanos.

Añadían ambas que Antoñuelo era travieso, y muy tronera, que daba á su padre grandes desazones, que de él podían temerse mayores males aún, y que á Juanita ni remotamente le convenía para novio, pero que ella no acertaba á prescindir del cariño fraternal que le tenía, ni á prohibirle que viniese á verla, ni á dejar de darle buenos consejos y amonestaciones, los cuales eran el asunto de los cuchicheos.

Don Paco aparentaba aquietarse al oír tal explicación, pero en realidad no se aquietaba; y mostrando el verdadero interés que el buen nombre de Juanita le inspiraba, insinuaba que, aun-

que todo fuese moral é inocentísimo, convenía, á fin de evitar el qué dirán, no recibir á Antoñuelo con tanta frecuencia.

Los sermones que predicaba D. Paco, más que morales, conducentes á conservar el decoro de Juanita, no se puede decir que fueron predicados en desierto. Poco á poco dejaron de menudear las visitas de Antoñuelo; sus cuchicheos con Juanita se acortaron, y al fin cuchicheos y visitas vinieron á ser raros.

Esto dió ánimo á D. Paco. Creyó notar que se prestaba dócil oído á sus cariñosas reprimendas, y se atrevió á predicar también sobre otro punto.

En extremo gustaba él de ver á Juanita charlar en la fuente ó subir la cuesta con el cantariello en la cadera ó con la ropa ya lavada sobre la gentil cabeza, más airosa y gallarda que una ninfa del verde bosque, y más majestuosa que la propia princesa Nausicaá, que también lavaba la ropa cuando, sin desconcharse ni echar las infulas por el suelo, solían hacerlo las princesas, allá en los siglos de oro.

D. Paco, que tenía, según hemos apuntado ya, entendimiento de amor y de hermosura, se quedaba extasiado contemplando el andar de la moza, que no tenía el liviano, provocativo y sucio movimiento de caderas, y los pasitos menudos que suelen tener las chulas, sino que era un andar sereno, á grandes pasos, noble y lleno de gracia, como sin duda debía de andar Diana Cazadora, ó la misma Venus, al revelarse al hijo de Anquises en las selvas que rodeaban á Cartago.

En Villalegre se gastaban corsés y hasta era Juana la Larga quien mejor los hacía; pero la indómita Juanita nunca quiso meterse en semejante apretura ni llevar aquel cilicio que para nada necesitaba ella, y que entendía que hubiera desfigurado su cuerpo. Sólo llevaba, entre el ligero vestido de percal y sobre la camisa y enaguas blancas, un justillo ó corpiño, sin hierros ni ballenas; zona que bastaba á ceñir la estrecha y y virginal cintura, dejando libre lo demás, que derecho y firme no había menester de sostén ni apoyo.

En el espíritu de D. Paco pudo, sin embargo, más que el deleite de ver á Juanita en la fuente ó volviendo del albercón, la idea de que, estando ya muy remotos los siglos de oro, no era posible imitar á la princesa Nausicaá sin rebajarse ó avillanarse demasiado; y así, aconsejó y amonestó tantas veces y con tan discretas razones á Juanita para que no fuese á la fuente, apoyándole siempre la madre de ella, que Juanita cedió al cabo y dejó de ir á la fuente y al albercón, retrayéndose además de otros varios ejercicios y faenas que no son propios de una señorita.



XI

DOÑA Inés López de Roldán distaba mucho de ser una lugareña vulgar y adocenada. Era, por el contrario, distinguidísima; y, en su tanto los méritos mirados, ó sea guardando la debida proporción, pudiéramos calificarla de una princesa de Lieven ó de una madame Récamier aldeana. Su vida no pasaba ociosa sino empleada en obras casi siempre buenas y en fructuosos afanes. Su caridad para con los pobres era muy elogiada, ayudándola en este ejercicio el señor cura y el Sr. D. Andrés Rubio. No descuidaba ella por eso el gobierno de su casa, que estaba saltando de limpia, y todo muy en orden, á pesar de los siete chiquillos que tenía, el mayor de ocho años; pero como la casa era muy grande, á los cinco mayores, entregados á una mujer ya anciana y de toda confianza, los tenía en el extremo opuesto de aquel en que estaba ella, á fin de que no turbasen con sus chillidos y gritería, ya sus solitarias meditaciones, ya sus lecturas, ya

sus interesantes coloquios con el padre Anselmo, con el cacique ó con alguna otra persona de fuste que viniese á visitarla.

A las nueve de la noche en verano y á las ocho ó antes en invierno, mandaba acostar á los niños, y desde entonces hasta las once y á veces hasta más tarde, tenía tertulia, en la cual se discreteaba, y á la cual rara vez asistía el señor Roldán, que no presumía ni podía presumir de discreto, y á quien las discreciones de su mujer pasmaban y enorgullecían, pero al mismo tiempo le excitaban al sueño.

En las horas que le dejaban libres los afanes y cuidados de la casa y aun de la administración de la hacienda, de la que suavemente había despojado á su marido, por no considerarle capaz, doña Inés solía ocuparse en lecturas que adornaban y levantaban su espíritu. Rara vez perdía su tiempo en leer novelas, condenándolas por insípidas ó inmorales y libidinosas. De la poesía no era muy partidaria tampoco, y sin plagiar á Platón, porque no sabía que Platón lo hubiese preceptuado, desterraba de su casa y familia á casi todos los poetas, como corruptores de las buenas costumbres y enemigos de la verdadera religión y de la paz que debe reinar en las bien concertadas repúblicas; pero en cambio doña Inés leía historia de España y de otros países, y sobre todo muchos libros de devoción. El cura la admiraba tanto, al oírla hablar de teología, que mentalmente adornaba sus espaldas con la muceta y su cabeza con el bonete y la borla.

Era tan grande la actividad de doña Inés, que á pesar de tan varias ocupaciones, aún le quedaba tiempo para satisfacer su anhelo de enterarse á fondo de la historia contemporánea y local, que tenía para ella más atractivos que la historia universal ó de épocas y países remotos.

Para conocer bien esta historia contemporánea y local y ejercer sobre los hechos la más severa crítica, se valía doña Inés de diferentes medios, siendo el más importante una criada antigua, que hacía recados, que entraba y salía por todas partes y que se llamaba Crispina, émula en su favor y privanza de Serafina, la doncella.

Gracias á Crispina, estaba al corriente doña Inés de los noviazgos que había en el pueblo, de las pendencias y de los amores, de las amistades y enemistades, de lo que se gastaba en vestir en cada casa, de lo que éste debía y de lo que aquél había dado á premio, y hasta de lo que comía ó gastaba en comer cada familia. A los que comían bien, doña Inés los censuraba por su glotonería y despilfarro, y á los que comían poco y mal, los calificaba de miserables, de hambrones y de pereciendos.

No tardó, por consiguiente, doña Inés en tener noticia de las aficiones de su padre y de sus visitas ó tertulia en casa de ambas Juanas. Muchísimo la molestó esta grosera bellaquería, que tan duramente la apellidaba; pero disimuló y se reportó durante muchos días, sin decir nada á su padre. Doña Inés estaba muy adelantada en sus

010493

concebidas esperanzas de octavo vástago, y en tan delicada situación se cuidaba mucho y procuraba no alterarse por ningún motivo, para que las dichas esperanzas no se frustraran ó se torcieran ruinmente, realizándose de un modo prematuro, con deterioro y quebranto de su salud. Pero aunque doña Inés no dijo por lo pronto nada á D. Paco, se la tenía guardada, y seguía observando y averiguando por medio de Crispina, en la creencia de que era á Juana y no á Juanita á quien su padre pretendía ó cortejaba.

Esta creencia mitigaba no poco el disgusto de doña Inés, porque no podía entrar en su cabeza que su padre intentase jamás contraer segundas nupcias con Juana la Larga. Así es que lo que censuraba en éste muy ásperamente era la inmoralidad y el escándalo de unas relaciones amorosas contraídas por hombre que tenía más de medio siglo y que iba á ser pronto por octava vez abuelo. La enojaba también la condición harto plebeya del objeto de los amores de su padre, los cuales, si no dignos de aplauso, le hubieran parecido dignos de disculpa á haber sido con alguna hidalga recatada y de suposición, como había dos ó tres en el lugar, que, según pensaba doña Inés, hubieran visto el cielo abierto, y aun se le hubieran abierto á D. Paco, si él hubiera llamado á la puerta de ellas pidiendo entrada. No se cansaba, pues, doña Inés de censurar las ruines inclinaciones de su padre. Le dolía asimismo que su padre gastase tanto en obsequiar á Juana la Larga, suponiendo, según las noticias

que le trajo Crispina, que gastaba mucho más de lo que gastaba.

—¿Conque juega al tute con ella?

—Sí, señora—contestaba Crispina.—Y ya por echarla de fino, ya porque está embobado y embelesado mirando á Juana con ojos de carnero á medio morir y sin atender al juego, lo cierto es que Juana le pela, ganándole diez ó doce reales cada noche. Además los regalos de D. Paco llueven sin descampar sobre aquella casa; ya envía un pavo, ya una docena de morcillas, ya fruta, ya parte del chocolate que le regala su merced, hecho por el hombre que viene expresamente desde Córdoba á hacerle en esta casa.

Lo de que D. Paco hubiese regalado también parte de su chocolate irritó ferozmente á doña Inés: lo consideró una verdadera profanación y casi le hizo perder los estribos; pero al fin pensó en la situación en que se encontraba, ya fuera de cuenta, y logró reportarse. Su moderación y sus cuidados no fueron inútiles.

El 29 de Junio, día de San Pedro apóstol, sintió doña Inés desde muy de mañana los primeros dolores, y con gran facilidad y felicidad dió á luz en aquel mismo día, á un hermoso niño. La madre y el Sr. Roldán decidieron que había de llamarse Pedro, en honor del príncipe de los apóstoles en cuyo día había nacido y del que eran muy devotos. El Sr. D. Andrés Rubio prometió tener al infante en sus brazos en la pila bautismal. Y como el infante fuese robustísimo, y el médico asegurase que no corría peligro su

vida, retardaron su bautismo hasta mediados del mes de Julio, así porque ya estaría levantada la señora doña Inés y podría asistir á las fiestas que se hiciesen, como porque para entonces se realizaría la anunciada visita del señor obispo, el cual, á más de confirmar á todos los muchachos que no lo estuviesen, les haría la honra de bautizar al futuro Periquito.

El obispo sería hospedado en casa de los señores de Roldán los tres ó cuatro días que estuviere en Villalegre. Doña Inés, por lo tanto, pensando en los preparativos y en todos los medios que había de emplear para hacer con lucimiento recepción tan honrosa, perseveró en refrenar su ira contra Juana la Larga, á quien imaginaba seductora de su padre. Y disimulando el odio que le había tomado, no quiso dejar de valerse de ella en ocasión de tanto empeño.

Ya la había llamado el día del alumbramiento, porque bien sabía por experiencia que no había, en el mundo conocido, más hábil comadre que Juana.

Y como tampoco había por allí mujer más dispuesta para preparar y dirigir los festines, con tiempo comprometió á Juana á fin de que, desde dos días antes de la llegada del obispo, se viniese á su casa, sin volver á la casa propia sino para dormir, y lo preparase y dirigiese todo. Juana prometió hacerlo así y lo cumplió muy gustosa.



XII

LA vispera de la llegada del obispo, que fué el 15 de Julio, vispera también de la Virgen del Carmen, Juana había trabajado ya mucho, sudando el quilo para condimentar los manjares y las golosinas, y hasta para disponer el aparato y la magnificencia que habían de desplegarse en la recepción y en el hospedaje de su señoría ilustrísima, y en el refresco y ambigú que había de darse en aquella casa á todo lo más granado é ilustre de la villa, después de terminadas las cristianas ceremonias de la confirmación y del bautismo. En ellas, doña Inés iba á dar al señor obispo más trabajo que nadie, pues tenía siete chiquillos no confirmados aún, y uno todavía *moro*, como apellidan en Andalucía á todo ser humano antes de recibir el agua sacramental que le trae al gremio de la Iglesia.

La noche del 15 de Julio hacía muchísimo calor. A eso de las nueve, D. Paco, según costumbre, se fué de tertulia á casa de Juana la Larga;

pero Juana seguía trabajando aún en la de los señores de Roldán, y Juanita estaba sola con la criada, tomando el fresco en la reja de su sala baja.

La vió D. Paco, y llegó á hablarle antes de dirigirse á la puerta. Juanita, después de los saludos de costumbre, dijo á D. Paco, que pretendía que le abriese:

—Mi madre no ha vuelto aún. No sé cuándo volverá. Estando yo sola no me atrevo á abrir á usted la puerta y á dejarle entrar. La gente murmura ya contra nosotros, y murmuraría mil veces más si yo tal cosa hiciera. Váyase usted, pues, y perdóneme que no le reciba.

Ninguna objeción acertó á poner D. Paco, convencido de lo puesta en razón que estaba Juanita. Solamente le dijo:

—Ya que no me recibes, no te vayas de la reja y habla conmigo un rato. Aunque la gente nos vea, ¿qué podrán decir?

—Podrán decir que usted no viene á rezar el rosario conmigo: podrán creer que yo interesadamente alboroto á usted y le levanto de cascos; y podrán censurar que pudiendo ser yo nietecita de usted tire á ser su novia y tal vez su amiga. Con esta suposición me sacarán todos el pellejo á túrdigas; y si llega á oídos de su hija de usted, mi señora doña Inés López de Roldán y otras hierbas, que usted y yo estamos aquí pelando la pava, será capaz de venir, aunque se halla delicada y convaleciente, y nos pelará ó nos desollará á ambos, ya que no envíe por aquí al señor

cura acompañado del monaguillo, con el caldero y el hisopo del agua bendita, no para que nos case, sino para que nos rocíe y refresque con ella, sacándonos los demonios del cuerpo.

—Vamos, Juanita, no seas mala ni digas disparates. No es tan fiero el león como le pintan. Y si tú gustases un poquito de mí, y mi conversación te divirtiese en vez de fastidiarte, no tendrías tanto miedo de la maledicencia, ni de los furores de mi hija, ni de los exorcismos del cura.

—¿Y de dónde saca usted que yo no guste de tener con usted un rato de palique? Pocas cosas encuentro yo más divertidas que la conversación de usted, y además siempre aprendo algo y gano oyéndole hablar. Yo soy ignorante, casi cerril; pero, si el amor propio no me engaña, me parece que no soy tonta. Comprendo, pues, y aprecio el agrado y el valor que tienen sus palabras.

—Entonces, ¿cómo es que no me quieres?

—Entendámonos. ¿De qué suerte de querer se trata?

—De amor.

—Ya esa es harina de otro costal. Si el amor es como el que tiene el padre Anselmo á su breviario, como el que tiene doña Inés á sus libros devotos, ó como el que tiene usted á las leyes ó á los reglamentos que estudia, mi amor es evidente, y yo le quiero á usted como ustedes quieren á esos libros. No menos que ustedes se deleitan en leerlos me deleito yo en oír á usted cuando habla.

—Pero, traidora Juanita, tú me lisonjeas y me

matas á la vez. Yo no quiero instruirte, sino enamorarte. No aspiro á ser tu libro, sino tu novio.

—Jesús, María y José. ¿Está usted loco, don Paco? ¿En qué vendría á parar, qué fin que no fuera desastroso podría tener ese noviazgo? ¿No le tiemblan á usted las carnes al figurarse la estrepitosa encerrada que nos darían si nos casáramos? Y si el noviazgo no terminase en casamiento, ¿dónde iría yo á ocultar mi vergüenza, arrojada de este pueblo por seductora de señores ancianos?

Lo de la ancianidad, tantas veces repetido, ofendió mucho á D. Paco en aquella ocasión, y muy picado, y con tono desabrido, exclamó haciendo demostración de retirarse:

—Veo que presientes graves peligros. No quiero que te expongas á ellos por mi culpa. Adiós, Juanita.

—Deténgase usted, D. Paco: no se vaya usted enojado contra mí. ¿No conoce usted muy á las claras que yo le quiero de corazón y que mi mayor placer es verle y hablarle? Como soy franca y leal, procuro no retener á usted con esperanzas vanas. Mucho me pesaría de que usted me acusase un día de que yo le engañaba. Por esto digo á usted que de amor no le quiero y me parece que no le querré nunca. Pero lo que es por la amistad, debe usted contar conmigo hasta la pared de enfrente. ¿Por qué no se contenta usted con esta amistad? ¿Por qué me pide usted lo que no puedo ni debo darle? No sería flojo el albo-

roto que se armaría en el pueblo si usted y yo fuésemos novios y si el noviazgo se supiese.

D. Paco se atrevió á decir entonces en mala hora y con poco acierto:

—¿Pues qué necesidad hay de que nuestro noviazgo se sepa?

—Y usted ¿por quién me toma para insinuar ese sigilo, dado que sea posible? Sólo se oculta lo poco decente, y por lo tanto, yo no he de ocultar nada aunque pueda. Si me decidiese yo á ser novia de usted sería por considerarlo bueno y honrado, y en vez de ocultarlo como fea mancha, lo pregonaría y lo dejaría ver á todos con más orgullo que si enseñase una joya, jactándome de ello, en vez de andar con tapujos. Ya sabe usted mi modo de pensar. Nada más tenemos que decirnos. Ahora, lo repito, váyase usted y déjeme tranquila. Malo es siempre dar que hablar, pero dar que hablar sin motivo es malo y tonto.

D. Paco depuso el enojo, no acertó á responder á Juanita con ninguna frase concertada y se fué, despidiéndose de ella, resignado y triste.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN



XIII

PASARON días y vino el obispo, como se esperaba.

Su señoría ilustrísima bautizó á los niños *moros* que aguardaban su venida como los padres del Limbo el santo advenimiento, y confirmó á los no confirmados, que se contaban á centenares, entre ellos no pocos harto talludos.

Doña Inés se lució dando hospedaje al señor obispo, y éste se fué del lugar muy maravillado y gozoso de la magnificencia y primor con que allí se vivía.

Libre ya doña Inés de tanta extraordinaria faena, se consagró con mayor atención al estudio de la historia contemporánea, y al cabo, auxiliada por los datos que le suministraba Crispina y valiéndose de su rara sagacidad, vino á comprender que no era á la madre, sino á la hija, á quien cortejaba D. Paco. Su furor fué entonces muy grande, pero por lo mismo se calló aún y no atormentó á su padre con insinuaciones ni con bromas. El asunto no se prestaba á

bromas ni á medios términos. La ira de doña Inés había de estallar y de manifestarse de una manera más seria, cuando estuviere completamente convencida de la locura de su padre, pues de tal la calificaba.

D. Paco, entre tanto, si bien daba ya menos pretexto á la murmuración, se sentía más enamorado que nunca de Juanita. Pensaba en sus dulces desdenes, recapacitaba sobre ellos, hacía doloroso examen de conciencia y miraba y catataba la herida de su corazón, como un enfermo contempla con amargo deleite la llaga ó el cáncer que le lastima y en el que prevé la causa de su muerte.

Toda la vida había sido D. Paco el hombre más positivo y menos romántico que puede imaginarse. Aquel imprevisto sentimentalismo que se le había metido en las entrañas y se las abrasaba, le parecía tan ridículo, que, á par que le afectaba dolorosamente, le hacía reír, cuando estaba á solas, con risa descompuesta y que solía terminar en algo á modo de ataque de nervios.

D. Paco dejó, pues, de ir todas las noches en casa de ambas Juanas; ya no veía á Juanita en la fuente y sola, porque él mismo había predicado para que no fuese, y sin embargo, no acertaba á sustraerse á la obsesión que Juanita le causaba de continuo, presente siempre á los perspicaces ojos de su espíritu, así en la vigilia como en el sueño.

Por dicha, no le atormentaban los celos. Jua-

nita zapeaba, donosa ó duramente, á cuantos mozos la pretendían, y lo que es Antoñuelo iba ya con menos frecuencia á casa de Juanita. Según en el lugar se sonaba, andaba él muy extrañado frecuentando las tabernas en harto malas compañías, y pasando muchas noches en franca-chelas y jaranas. Villalegre no era el único teatro de sus proezas, sino que, á pesar de las amonestaciones y reprensiones de su padre, á menudo muy duras, se solía ir de parranda al campo ó á algunos lugares cercanos, y en dos ó tres días no parecía por su casa.

D. Paco no tenía, pues, rivales. Parecía completamente dueño del campo; pero el campo estaba tan bien atrincherado, que D. Paco no lograba entrar en él y se quedaba fuera como los otros.

No desistió por eso de ir por la noche en casa de ambas Juanas, aunque no de diario.

Como de costumbre, jugaba al tute con la madre; como de costumbre, hablaba con Juanita en conversación general y Juanita hablaba igualmente y le oía muy atenta, manifestándose finísima amiga suya y hasta su admiradora; pero como de costumbre, también, las miradas ardientes y los mal reprimidos suspiros de D. Paco ó pasaban sin ser notados y eran machacar en hierro frío, ó hacían un efecto muy contrario al que D. Paco deseaba, poniendo á Juanita seria y de mal humor, turbando su franca alegría y refrenando sus expansiones amistosas.

De esta suerte, poco venturosa y triunfante

para D. Paco, se pasaron algunos días y llegaron los últimos del mes de Julio.

Hacia un calor insufrible. Durante el día los pajaritos se asaban en el aire cuando no hallaban sombra en qué guarecerse. Durante la noche, refrescaba bastante. En el claro y sereno cielo resplandecían la luna y multitud de estrellas que, en vez de envolverle en un manto negro, le teñían de azul con luminosos rasgos de plata y refulgentes bordados de oro.

Ambas Juanas no recibían á D. Paco en la sala, sino en el patio, donde se gozaba de mucha frescura y olía á los dompedros, que dan su más rico olor por la noche; á la albahaca y á la hierbaluisa, que había en no pocos arriates y macetas, y á los jazmines y á las rosas de enredadera, que en Andalucía llaman de *pitimini*, y que trepaban por las paredes y formaban verde cortina, enredándose á las rejas de las ventanas, en los cuartos del primer piso, donde dormían Juanita y su madre.

En aquel sitio, tan encantador como modesto, era recibido D. Paco. Todavía allí, á la luz de un bruñido velón de Lucena, de refulgente azofar, se jugaba al tute en una mesilla portátil, pero no con la persistencia que bajo techado. Otras distracciones, casi siempre gastronómicas, suplían la falta del juego. Juana, que era tan industriosa, solía hacer helado en una pequeña cantimplora que tenía; pero con más frecuencia se entretenían comiendo ora piñones, ora almendras y garbanzos tostados, ora flores de maíz, que Juanita

tenía la habilidad de hacer saltar muy bien en la sartén, y ora altramuces y á veces hasta palmitos, cuando los arrieros los traían de la provincia de Málaga, porque en la de Córdoba no se crían.

Estas rústicas semicenas, dignas de ser celebradas por D. Francisco Gregorio de Salas en su famoso *Observatorio*, deleitaban más á D. Paco que hubieran podido deleitarle las antiguas cenas de Trimalción ó de Apicio y las modernas de la *Maison Dorée* ó del *Café Inglés* en París, pareciéndole mejor aquellos groseros alimentos que la ambrosía que comen las deidades del Olimpo, ya que Juanita, comiéndolos, les comunicaba cierta celestial ú olímpica naturaleza. Dichas chucherías, apéndices de la verdadera cena que cada uno había tomado ya en su casa antes de empezar la tertulia, probaban además, cuando las dos Juanas y D. Paco se las comían sin el menor susto y sin ninguna mala resulta, que nuestros tres héroes poseían tres estómagos de los más sanos, eficaces y potentes que hay en el mundo.

Una noche en que estaban aquellas señoras muy familiares, conversables y benignas con don Paco, se atrevió éste á ofrecer algo que pensaba en ofrecer tiempo hacía, sin acabar de decidirse por temor de que no aceptasen su obsequio.

Desechado el temor, dijo al cabo:

—De hoy en ocho días, el 4 de Agosto, habrá grandes fiestas en este pueblo. Habrá procesión, feria, velada, función de iglesia y sermón, que

predicará el padre Anselmo, contando y celebrando la vida y milagros del glorioso Santo Domingo de Guzmán, nuestro patrono y abogado en el cielo. Tengo yo una pieza de tela de seda, flexible y rica, por el estilo de la de estos mantones que llaman de espumilla ó de Manila. Carece de bordados y es de color verde oscuro. Me la envió meses há de regalo mi sobrino Jacintico, que está en Filipinas empleado en Hacienda. Tiempo hay todavía de hacer con esta tela un precioso vestido de mujer. ¿Y quién le llevaría con más garbo y lucimiento que Juanita si aceptase mi presente? La tela es pintiparada para hacer el traje, y si ustedes quieren darse prisa, aún tienen tiempo de sobra.

Madre é hija dieron mil gracias á D. Paco por su buena intención, mostrando repugnancia en aceptar por el *què dirán* y sosteniendo que cuando vieses á Juanita con traje tan lujoso todo el lugar se alborotaría, adivinaría que la seda era regalo de D. Paco y él y ellas darían una estruendosa campanada.

Nada contestó D. Paco á tan juiciosos razonamientos; pero hizo algo más elocuente y persuasivo. Tomó de una silla un paquete que había traído recatadamente envuelto en un pañuelo, y desdoblándole mostró la tela á la luz del velón.

Ambas mujeres admiraron aquella hermosura; la calificaron de divina. Los ojos y el alma se les iban en pos de la tela. En suma, no pudieron resistir y aceptaron el obsequio. Juana quiso mos-

trarse más difícil y Juanita tuvo que ceder y que aceptar antes que ella.

No bien se fué D. Paco, á eso de las doce, Juanita dijo á su madre:

—Yo no he sabido resistir. La tela es encantadora. Lo que más me agrada en ella es su flexibilidad, porque no tiene tiesura como otras sedas. Se ceñirá muy bien al cuerpo y se podrá dar mucho vuelo á las faldas, que formarán pliegues muy hermosos. Vamos... he caído en la tentación. ¿Qué no van á murmurar y á morder las envidiosas cuando me vean tan peripuesta y tan guapa ir á la función de iglesia el día de Santo Domingo? Porque tú, mamá, irás con tu mantilla de tul bordado, y me emprestarás ó me regalarás la otra que tienes de madroños, que me está como pintada. Varias veces la he sacado del fondo del arca y me la he probado, mirándome al espejo. Mucho van á rabiarse cuando me vean tan maja las hijas del escribano, que gastan tanta fantasía como si fueran dos marquesas, aunque son dos esperpentos y van siempre mal pergeñadas.

—Si, hija; pues si la menor está tan escuchizada que parece una lombriz de caño sucio, y la otra es tan pequeñuela y tan gorda como una bolita. Si llega á casarse, á tener hijos y á engordar más, perderá la forma de mujer y se convertirá en cochinilla de San Antón. Pero dejando esto á un lado, yo no las tengo todas conmigo. Despertaremos la más tremenda envidia y nos pondrán como un regalado trapo.

—Pecho al agua y preparémonos para la lucha. ¿Qué podrán decir de mí? ¿Que D. Paco me viste? Pues yo voy á vestir á D. Paco... y patas. Mira, con mis ahorrillos iré mañana á la tienda del Murciano y compraré paño de Tarrasa ó del mejor que tenga. Calcula tú cuántas varas se necesitan. El tiene gabina, castora ó como se llame; pero su levita, aunque no se la pone más que diez ó doce veces al año, está ya desvergonzada de puro raída.

Sin chistar, con mucho sigilo, vamos tú y yo á hacerle una levita nueva, según el último figurín de *La Moda Elegante é Ilustrada* que recibiste de Madrid el otro día. Como tú tienes las medidas de D. Paco y eres muy hábil, la levita, sin probársela ni nada, le caerá muy bien, y ya verás con qué majestad y con qué chiste la luce en la procesión, cuando marche en ella entre los demás señores del Ayuntamiento. Así no seré yo sola, sino él también quien estrene prenda en tan solemne día.

—Pero, muchacha, eso que dices no es apagar el fuego, sino echarle leña para que arda más. Si han de murmurar como uno al verte con el vestido nuevo, murmurarán como dos al ver con levita nueva á D. Paco.

—Pues que murmuren. Lo que yo me propongo al regalar la levita, además de la satisfacción que me cause el obsequiar á D. Paco, es que nadie me acuse, y sobre todo que no me acuse yo misma de tener el vestido sin dar en pago algo equivalente.

Decididas así las cosas, al otro día se compró el paño. Juana cortó con segura destreza la levita y el traje de mujer, y madre é hija y dos oficiales trabajaron con tal ahinco que el 3 de Agosto, víspera del día del santo, levita y vestido de mujer estaban terminados.



XIV

CUANDO aquella noche vino D. Paco de tertulia le dieron la sorpresa de enseñarle la levita.

Él casi se enojó y hasta se le saltaron las lágrimas de puro agradecido.

En el patio mismo se probó la levita; le hicieron dar con ella cuatro ó cinco paseos y ambas mujeres encontraron que con la levita estaba D. Paco muy airoso; y eso que no se veía todo el efecto porque no había traído la gabina sino el hongo como de costumbre, y la levita y el hongo no armonizan bien.

Animados ya los tres y de buen humor, dijo D. Paco.

—No comprendo por qué gustan ustedes tanto de la soledad y están tan retraídas. La plaza, esta noche, estará animadísima. Todo el mundo habrá acudido á la verbena y á ver los fuegos, que dicen que serán magníficos. Empezarán en punto de las once, y como habrá muchos cohe-